

«¿Y dónde está el príncipe Federico Carlos?»

«Está con siete cuerpos de ejército delante de Metz.»

Al oír esto conmovióse el emperador como herido de un rayo, pues esta noticia le aterrorizó, porque hasta entonces había creído tener delante todo el ejército alemán; mas se repuso al momento y la conversacion continuó, preguntando el rey si el emperador deseaba proponer algunas condiciones, á lo cual contestó Napoleón: «No, no tengo ningun poder. Soy un prisionero.»

«¿Y quién, si me es permitido preguntar, es el gobierno en Francia, con el cual pueda yo tratar?»

«La emperatriz y los ministros, en París, tienen todo el poder para tratar; yo no tengo poder ninguno, ni puedo dar órdenes ni ofrecer condiciones.»

El fin de la conversacion fué que el rey ofreció al emperador, salvo su parecer, el palacio de Wilhelmsöhe, cerca de Cassel, para morada, lo cual aceptó Napoleón agradecido, y despues no se dijo nada mas que mereciera recordarse. La entrevista habia durado quince minutos, al cabo de los cuales salieron el rey y el emperador de la galería; «destacándose maravillosamente la elevada y majestuosa estatura del rey de la pequeña del emperador (1).»

El emperador al ver al príncipe heredero de Prusia le alargó una mano, mientras que con la otra se enjugaba las gruesas lágrimas que corrian por sus mejillas. Conmovido y agradecido, habló de la bondad y generosidad que el rey le acababa de mostrar. El príncipe le preguntó con cariño si había podido descansar un poco durante la noche, despues del día terrible anterior, á lo cual el emperador contestó que el cuidado de los suyos no le habia dejado descansar; y al expresar luego el príncipe su sentimiento de que la guerra hubiese tomado un carácter tan sangriento, dijo el emperador que era demasiada verdad, y una verdad tanto mas terrible, cuanto que no se habia querido la guerra. Añadió que hacia ocho días estaba sin noticias de la emperatriz y de su hijo, y suplicó que se le permitiese telegrafiar en cifra, y siéndole permitido telegrafió á la emperatriz: «El ejército está derrotado y prisionero. Yo mismo soy prisionero de guerra.»

Despues de esta entrevista se dirigió el rey á recorrer las posiciones de su ejército vencedor, siendo recibido en todas partes, desde las dos y media hasta las siete y media, con indescriptible júbilo. Ya muy avanzada la noche regresó á su cuartel general de Vendresse, donde escribió al día siguiente por la mañana una carta detallada á la reina, que empezaba en estos términos:

«Ya conoces por mis tres telégramas toda la magnitud del suceso histórico ocurrido. Parece un sueño, aunque lo hayamos visto pasar en realidad hora tras hora. Cuando pienso que despues de una guerra afortunada no pude ya esperar nada mas glorioso durante mi reinado, y cuando ahora veo este acto histórico, me inclino ante Dios, que ha escogido solo á mí, á mi ejército y á mis aliados para cumplir lo sucedido, como instrumentos de su voluntad. Solo en este sentido puedo comprender esta obra para ensalzar humildemente la direccion y la merced de Dios.»

Por la tarde llegaron de Donchery á Vendresse los generales Moltke y Podbielsky, y entonces se celebró el gran con-

(1) Nota del 2 de setiembre en el *Diario del emperador Federico*.

sejo de guerra en el cual fué decidido y dispuesto el avance hácia París. La comida fué mas alegre que otros días, y por primera vez en esta campaña hizo servir el rey champaña, para dar mas solemnidad al brindis que pronunció á la salud del ejército y de las demás personas que habian contribuido al triunfo. «Hoy debemos beber agradecidos á la salud de mi bravo ejército, dijo el rey. Usted, señor de Roon, ministro de la Guerra, ha afilado nuestra espada. Usted, general Moltke, ha guiado nuestra espada; y usted, conde de Bismarck, ha llevado á su actual altura la política de la Prusia, que desde tantos años dirige. Bebamos, pues, á la salud del ejército, de los tres señores que acabo de nombrar y de cada uno de los presentes que ha contribuido segun sus fuerzas al triunfo.»

Así se expresó el monarca, entre cuyas cualidades mas nobles resaltaba una modestia verdaderamente conmovedora. Entre los corresponsales del cuartel general alemán, el que mejor observó y con mas acierto juzgó al rey fué el célebre corresponsal del *Times*, William Howard Russell, y éste escribió en la víspera de la batalla de Sedan en su diario:

«Segun todo lo que he visto del rey, jamás ha habido un general en jefe mas real y verdadero que este anciano monarca. La historia le hará justicia. Ahora le oscurece la fama de Moltke y de Bismarck; pero, no obstante, ejerce la influencia mas activa y vela minuciosamente sobre las operaciones militares; y no hay duda ninguna que tanto en la administracion del ejército como en la direccion del personal es el que manda. El ha creado este gran ejército y él lo sabe emplear. Su mirada es clara y penetrante, como si tuviese veinte años en lugar de setenta y tres, y entiende todo lo que se refiere á la clase militar desde el tacon de la bota hasta la punta del casco.»

El anciano rey acababa de cosechar lo que habia sembrado en su juventud. Cuando en el año 1815 hubo concluido la guerra universal, y cuando los pueblos volvieron á dedicarse á sus ocupaciones pacíficas, como si nunca hubiera de haber otra guerra, el príncipe Guillermo de Prusia continuó su carrera de soldado libremente escogida, como si la guerra hubiese de empezar al día siguiente. Sin sospechar ni remotamente que algun día le tocara ceñirse la corona, se dedicó á la mision de formar el ejército prusiano, y toda su ambicion fué hacerse un soldado perfecto, es decir, patriota armado, cumpliendo minuciosamente todas las reglas militares, y del mismo modo procuró tener esta arma principal siempre afilada y dispuesta. Por esto en vida de su padre, al tratarse de la organizacion del ejército, se puso decididamente de parte de los defensores del servicio universal obligatorio; y de su conviccion inquebrantable y de los secretos del arte militar, sacó la firmeza para llevar á cabo la reorganizacion del ejército. Cuando supo el júbilo con que en Berlín se habia recibido y celebrado el triunfo de Sedan, dijo al consejero Schneider: «¿Qué tal, si aquellos señores de la oposicion hubiesen logrado su intento contra mi reorganizacion del ejército? ¡Qué experiencia tan terrible hubiera tocado ahora á la Prusia! Ahora se verá por qué yo me mantuve tan firme. Bien se vé en el ejército francés adónde conducen estos experimentos parlamentarios (2).»

(2) *Vida del emperador Guillermo*, tomo I, pág. 227.

## LIBRO OCTAVO

LA REPÚBLICA FRANCESA Y EL IMPERIO ALEMÁN

### CAPITULO PRIMERO

REVOLUCION Y REPÚBLICA  
GOBIERNO Y CONTRA-GOBIERNO EN PARÍS

Bajo la impresion de las primeras derrotas del ejército del Rhin, el cuerpo legislativo habia votado una ley propuesta por Julio Favre en 11 de agosto, que fué proclamada el día 12 y llevada inmediatamente á ejecucion. Literalmente disponia esta ley el restablecimiento de la guardia nacional, que habia sido siempre una defensa ciudadana de las clases poseedoras; pero en realidad resultó un armamento general del pueblo y muy particularmente de las clases pobres. La ley era en concepto de sus autores una medida salvadora de defensa contra los prusianos; pero en la práctica resultó el armamento de todos los enemigos de la sociedad para derribar el poder del Estado y para dar origen á una guerra civil fratricida. Fué votada por unanimidad, sin contradiccion, á consecuencia de haberse apoderado de los ánimos ya una de aquellas ilusiones históricas que en tiempos de cambios de gobierno suelen hacer un papel funesto, ya la ilusion punible acerca del poder de la union ante el peligro de la patria.

Sobre esto dijo posteriormente ante la comision de informacion el baron Jerónimo David, que en el nuevo ministerio del 10 de agosto se habia encargado de la cartera de Obras públicas: «Hay tradiciones que se propagan de generacion en generacion, doctrinas erróneas que hasta son creidas por personas ilustradas. En Francia se habia repetido hasta la saciedad que si se hubiese armado al pueblo en 1815 no habria sucumbido la capital. Esta opinion, en mi concepto errónea, engañó á la cámara, que votó por unanimidad la ley de 1870 sobre la guardia nacional, ley que tantas desgracias ha causado y que quizás causará todavía muchas mas.» Luego añadió que en la comision habian hecho los ministros todos los esfuerzos imaginables para que la ley no fuese aprobada, diciendo que el dar armas á todos los ciudadanos sin diferencia no era un aumento de la fuerza defensiva contra el enemigo, porque los revolucionarios de oficio preferirian emplear sus armas, no en la defensa nacional sino para la revolucion. Al visitar los fuertes, dice el baron, los trabajadores empleados habian dicho á los centinelas: «Sois muy buenos chicos, porque os ocupais en la defensa. Nosotros conocemos ahora todas estas obras de tierra, porque en ellas hemos trabajado, y seremos los primeros que traeremos á los prusianos en el momento á propósito, porque los prusianos no son tan enemigos nuestros como la sociedad y el gobierno (1).»

(1) *Informacion parlamentaria*, tomo I, pág. 149.

El ponente Dreolle, que recomendó al cuerpo legislativo en 11 de agosto la mencionada ley en un discurso entusiasta, no creía en el odio fanático de clase que dominaba en todos los obreros; así es que dijo en su discurso: «Hoy no hay en esta cámara, como no hay en todo el país, mas que una sola política: la salvacion de la patria. Se ofrecen soldados y nosotros los aceptamos de todas partes. La nacion entera quiere levantarse; que se levante, pues, por nuestro medio y con nosotros sus elegidos. ¿Debemos hacer diferencias? No. ¿Puede haber temores? No. En este momento no hay pueblo que no tenga derecho á la confianza de todo el país. En todas partes hay el mismo entusiasmo, el mismo ardor. En todas partes están olvidadas las diferencias que la política habia fomentado y que el patriotismo ha extinguido. En Francia no hay partidos cuando el país necesita ejércitos; no hay matices de opiniones cuando el país necesita valor.» En esta confianza pasó el cuerpo legislativo mas allá de la proposicion de Julio Favre, que solo habia pedido armas para los electores; y en lugar de esto, se adoptó de la ley del año 1851 la disposicion siguiente: «Serán inscritos en las listas del servicio militar ordinario todos los ciudadanos de mas de veintiun años que se hallen domiciliados en la poblacion respectiva por lo menos con un año de antelación.» A los nuevos batallones fué concedido tambien el derecho de elegir sus oficiales, sargentos y cabos, debiendo continuar en sus puestos los oficiales de los batallones antiguos que habian sido nombrados por el gobierno. Sin embargo, antes de terminar el mes de agosto presentaron su dimision, excitados por el general Trochu (2), todos los oficiales antiguos de la guardia nacional, lo cual tuvo por consecuencia que á principios de setiembre estaban sin oficiales todos los batallones antiguos, cuyos individuos pertenecian sin excepcion á las clases poseedoras. De la llamada «guardia nacional del orden» no pudo reunirse ni tomar las armas ni un solo batallon; y solo estuvo pronta á entrar en combate y en marcha la guardia nacional del desórden, bajo la proteccion de Trochu y de sus guardias móviles, que contaban mas de 100,000 bayonetas (3) cuando París se conmovió al recibir la noticia de la rendicion de Sedan.

Los individuos del cuerpo legislativo que se entusiasmaron con el armamento de todos los ciudadanos y con la eleccion de los oficiales, no supieron lo que se hicieron. Mientras ellos hacian discursos sonoros sobre los derechos imprescriptibles del pueblo soberano, otros instruían á este pueblo en el odio irreconciliable contra el Estado, la sociedad, la propiedad y

(2) Declaracion del baron David; *Informacion parlamentaria*, tomo I, página 154.

(3) Segun declaracion de Enrique Chevreau, entonces ministro, se habian repartido diariamente 8,000 fusiles desde la ejecucion de la ley del 12 de agosto; *Informacion parlamentaria*, tomo I, pág. 269.